

"LA CHOZA EN CRISIS O EL IMPACTO DE LA FAMILIA EN LA EMIGRACIÓN SUR-NORTE"

Georgette Thioume NDOUR

Université Cheikh Anta Diop Dakar

thioumend@gmail.com

En África, la familia no solo es una institución social fundamental, sino también un entorno que moldea las identidades individuales y colectivas a través de rituales y roles definidos. La "fraternidad de choza" se refiere al proceso de crecimiento dentro de la unidad familiar extendida, donde las generaciones conviven y pasan por ritos de iniciación antes de alcanzar la madurez y la autonomía. Este proceso culmina en la capacidad de "salir de la choza", que simboliza la transición a la adultez y la responsabilidad individual. En el contexto contemporáneo, la migración irregular se ha convertido en una forma de salida común para los jóvenes africanos que buscan oportunidades fuera de sus hogares. Este fenómeno plantea preguntas sobre cómo esta transición afecta los lazos familiares y culturales arraigados. La pérdida de estos vínculos puede llevar a una crisis existencial y emocional tanto para los individuos migrantes como para sus familias.

Para los africanos, el proceso de "salir de la choza" debe ser preparado y acompañado por una educación integral y un desarrollo de habilidades que aseguren una migración positiva y sostenible. Esto implica no solo la madurez económica y social, sino también el mantenimiento de un sentido de identidad arraigado en la cultura y la familia.

Palabras clave : Familia - emigrante - tradición - iniciación – vínculo - choza

En Afrique, la famille est non seulement une institution sociale fondamentale, mais aussi un environnement qui façonne les identités individuelles et collectives à travers des rituels et des rôles définis. La "fraternité de case" fait référence au processus de croissance au sein de la famille élargie, où les générations vivent ensemble et passent par des rites d'initiation avant d'atteindre la maturité et l'autonomie. Ce processus culmine avec la capacité de "sortir de la case", symbolisant la transition vers l'âge adulte et la responsabilité individuelle.

Dans le contexte actuel, la migration irrégulière est devenue une forme courante de sortie pour les jeunes Africains à la recherche d'opportunités en dehors de leur foyer. Ce phénomène soulève des questions sur la manière dont cette transition affecte les liens familiaux et culturels. La perte de ces liens peut entraîner une crise existentielle et émotionnelle pour les migrants et leurs familles.

Pour les Africains, le processus de "sortie de case" doit être préparé et accompagné d'une éducation complète et d'un développement des compétences afin de garantir une migration positive et durable. Cela implique non seulement une maturité économique et sociale, mais aussi le maintien d'un sentiment d'identité enraciné dans la culture et la famille.

Mots clés : Famille - migrant - tradition - initiation - lien - case

In Africa, the family is not only a fundamental social institution, but also an environment that shapes individual and collective identities through rituals and defined roles. The "hut fraternity" refers to the process of growing up within the extended family unit, where generations live together and go through

initiation rites before reaching maturity and autonomy. This process culminates in the ability to "leave the hut", symbolising the transition to adulthood and individual responsibility.

In the contemporary context, irregular migration has become a common form of exit for young Africans seeking opportunities outside their homes. This phenomenon raises questions about how this transition affects entrenched family and cultural ties. The loss of these ties can lead to an existential and emotional crisis for both individual migrants and their families.

For Africans, the process of "leaving the hut" must be prepared for and accompanied by comprehensive education and skills development to ensure positive and sustainable migration. This implies not only economic and social maturity, but also the maintenance of a sense of identity rooted in culture and family.

Keywords : *Family - migrant - tradition - initiation - bonding - hut*

Introducción

En África, la familia es la primera institución social cuya estructura marca los lazos de pertenencia y sitúa al individuo en un marco que garantiza el pleno desarrollo de su ser. Para lograr este objetivo, se pone en marcha un mecanismo regulador que combina dulzura y firmeza. Dulzura en el sentido de que el amor se despliega, cubriendo y protegiendo a todos sus miembros en todos los ámbitos. Firmeza, porque se garantiza la disciplina y el respeto de las normas de la tradición transmitida de generación en generación. La "fraternidad de la choza" en África se refiere a las generaciones que nacen y crecen juntas, pasando por las pruebas de la iniciación colectiva antes de alcanzar la autonomía de la edad adulta o "salir de la choza". Es la choza la que nos hace. Sin embargo, hay varias maneras de salir de ella. Destruyéndola o conservando su memoria afectiva.

Hoy en día, la migración irregular en África, con todas sus dramáticas consecuencias, es una forma muy recurrente de que los jóvenes salgan de sus chozas. Esto nos lleva a preguntarnos sobre la importancia de prepararse de antemano para salir de la choza. ¿Pueden los emigrantes hacer borrón y cuenta nueva de su familia y su cultura de origen en su afán por triunfar en su aventura? Dada la importancia de la familia como categoría social en nuestro continente, queremos reflexionar sobre esta cuestión utilizando la choza como símbolo y clave para analizar nuestras preguntas. La choza, u hogar en el sentido literal del término, es el lugar donde arde el fuego del amor familiar. Como una madre protectora, la choza es la guardiana de la familia. Para nosotros, este espacio simbólico combina los dos componentes de la estructura de la familia africana: el interior de la choza y la puerta de salida. Para existir y funcionar correctamente, hay que pasar por varias etapas en el círculo familiar antes

de que el deseo de movilidad nazca en el individuo y se haga realidad. Luego, la puerta de la choza simboliza su capacidad para liberar al individuo, que ha llegado a la edad adulta y ya puede tomar decisiones libres y responsables, entre ellas emigrar de forma justa y sostenible y en el momento adecuado. No respetar este proceso es una forma de destruir la choza y crear una crisis en la propia vida. En nuestro análisis, veremos en primer lugar cómo la choza es el lugar donde se forma y afianza el ser africano en sentido general, con algunas ilustraciones en el contexto senegalés. En segundo lugar, indicaremos la etapa que permite salir de la choza para una migración positiva, madura y autónoma, y terminaremos con un tercer punto que considerará la crisis o ruptura del vínculo con la choza, cuando la migración es consecuencia de la pérdida del sentido de la familia. Para concluir, sugeriremos algunas soluciones, citando los pilares que deben estar en su sitio para que la choza se mantenga firme a pesar de los vientos y las tormentas.

1. La propia choza: concepción, nacimiento y consolidación del ser, sentimiento de pertenencia

El sentido de pertenencia es muy fuerte en cualquier grupo humano, desde la microestructura hasta la macroestructura social. Nuestro primer vínculo de parentesco es humano. Todos los seres humanos comparten un aspecto cultural común, pero éste está en constante interacción con su herencia biológica. Cheikh Anta Diop¹ en sus famosas obras como *Civilisation ou barbarie*, *l'Unité culturelle de l'Afrique noire*, *Nations nègre et culture*, y muchas otras publicaciones, señala acertadamente este parentesco universal con África como punto de partida:

«Los primeros negroides que poblaron el resto del mundo salieron de África a través del estrecho de Gibraltar, el istmo de Suez y posiblemente Sicilia y el sur de Italia». Mejor aún, nos dice, siguiendo los pasos de otros investigadores en paleontología humana, que África es la cuna de la humanidad y que los africanos emigraron por primera vez para poblar el resto del mundo. Si nos detenemos ahí, podemos afirmar que los africanos se encuentran en todas partes del mundo. Algunos dirán que el mundo evoluciona y que ya no estamos en la Edad de Piedra. Sin embargo, para nosotros, una vez que existe un vínculo, debe perdurar en el tiempo por su naturaleza afectiva y emocional. Además, África tiene

un vínculo histórico con todos los países del mundo. Quizá sea la fácil ruptura de estos vínculos fundamentales lo que ha provocado tantos desórdenes humanos, dado que en el pasado no era así. El niño africano nace en la intimidad de la choza y se sumerge en un hervidero cultural. Su primera migración es desde el vientre de su madre, acompañada de llantos. Es una separación dolorosa para el niño, que se encuentra sin previo aviso en medio de un espacio incómodo, como atacado por el viento, el agua, las manos que lo lavan, etc. Tras el ritual del parto y el lavado del bebé, se entierra la placenta y se ata el cordón umbilical. Debido al papel que desempeñó en el vientre materno tanto para la madre como para el niño, la placenta se llama compañera del niño en nuestras lenguas locales, hasta el punto de que se entierra respetuosamente en lugar de tirarla a un contenedor. Hay que decir que el entierro no lo lleva a cabo la nueva madre, sino una mujer que la acompaña. Esta ceremonia de entierro hace que el vínculo sea permanente, dado el carácter sagrado de la relación del africano con la tierra. Existe un vínculo vital entre la placenta, la madre y el niño.

No es hasta el octavo día cuando la madre y el niño abandonan la choza para asistir a un segundo ritual impuesto al niño, el bautismo. Se celebra una ceremonia para dar al niño un nombre público o confirmar el nombre por el que ya es conocido, una vez que la familia está segura de que quiere permanecer en el mundo de los vivos. Esta ceremonia tiene lugar, por supuesto, tras un periodo de reclusión de la madre (*a jongax* o vida oculta) y el niño, según el grupo étnico. Por ejemplo, entre los dogones de Malí, es de tres semanas para un niño y de cuatro semanas para una niña.

En la tradición del pueblo *Serer* de Senegal, se coloca a un niño sobre una cesta de aventar y se le presenta a los cuatro puntos cardinales. Es una señal de que el niño está abierto al mundo. Se le afeita la cabeza y se le da uno o varios nombres. El *serer* dice que el nombre de pila del niño se elige del mismo modo que el del rey. De hecho, aquí tenemos la intervención de los niños a través de la ceremonia del *muumi*. El padre del niño elige dos nombres en secreto y se colocan dos pastelitos de mijo en una cesta en medio de la casa. Cada pastelito lleva un nombre. Cada niño recibe un pastelito de mijo y otro de salvado. Los niños van y vienen de la cesta a la puerta de la casa cantando «*Moumi, moumi, fat a gnow, fat a gnom*», es decir, «sé mudo, sé mudo, que viva, que viva». Hacen este ritual cuatro veces para un niño y tres para una niña. En la última pasada, cada

niño toca un pastelito de mijo y tira uno de salvado en un agujero. Al igual que en la votación, el pastelito que haya sido más tocado, y por tanto tenga más votos, determinará el nombre del niño y el otro el segundo nombre, que generalmente es desconocido para el público, pero conocido por los padres. En este contexto, el primer nombre puede tomarse directamente del calendario en función de los días. Como la semana tiene siete días, cada día tiene un nombre masculino o femenino (lunes: *Téning*; martes: *Latew* o *Latyr*; miércoles: *Daba*; jueves: *Khemes*; viernes: *Dioum/Kor* o *Tew*; sábado: *Nga*; domingo: *Dibo/Kor* o *Ten*). El hombre *serer* tiene generalmente tres nombres de pila: el nombre de pila del parto (*gon gisir* o *iniir*); el del octavo día (oficial); y el nombre de pila de la iniciación.

El *serer* reconoce el poder divino que también pasa a través del niño, caracterizado por la inocencia, la confianza, la pureza de intención, etcétera. Por eso es el protagonista de esta ceremonia esotérica que determina la vida y el futuro del recién nacido.

En los albores de este nacimiento, también se otorga centralidad a la madre, a través de la cual pasa la vida. Este poder superior de dar a luz la vida que viene de Dios está estrictamente reservado a ella. En este nivel, ella se encuentra en una posición de fuerza hasta que el niño alcance la etapa de madurez iniciática. El niño debe permanecer en reclusión durante los siete días completos, saliendo el octavo día. El simbolismo del número siete no necesita más demostración: representa la totalidad y la perfección. Para los egipcios, era el símbolo de la vida eterna. Simboliza un ciclo completo, una perfección dinámica (Chevalier Jean, Gheerbrant Alain, 2003: 942). El número siete se considera sagrado, simboliza el séptimo día de la Creación y los siete días de la semana. En resumen, representa la plenitud.

El relato bíblico del Génesis nos dice que «Dios descansó el séptimo día». El sexto día se creó la perfección; el séptimo día, el séptimo período, la Creación se beneficia de lo realizado. Al invocar la especificidad del número siete, Claude De Milleville (2002: 66) nos recuerda que el número siete es perfecto, indivisible. Este número simboliza que vamos armados, no a pie. Aunque la encarnación tenga sus sufrimientos y dificultades, es la única herramienta para alcanzar la perfección. Es a través de la encarnación, y sólo a través de la encarnación, como podemos traspasar las puertas de nuestros cinco sentidos, abiertas de par en par, y

convertirnos en «cuerpos gloriosos», es decir, llenos de espíritu e inmortales.

Tras este periodo de reclusión, se dice que la mujer «sale de la choza», traducido literalmente de nuestras lenguas locales. Es el final de su periodo de renovación. Tras el parto, pasa a la etapa de consolidación del vínculo con su hijo a través de los cuidados, la formación y la educación básica que recibe. Los primeros aprendizajes se refieren a la adquisición de la lengua materna, a través de la cual se transmiten e integran todos los demás automatismos. Es la madre quien abre al niño a los demás, a la vida fuera de casa, al mundo. En este sentido, el *serer* distingue claramente entre los papeles de los padres: «La sangre es paterna y la leche materna. El hombre da y la mujer recibe». Finalmente, fo-oy faap (sangre paterna) fo *Deen yaay* (leche materna). Aquí tocamos el origen de *kurcala* (cinturón paterno, linaje paterno) y *tim* ou *Deen yaay* o finalmente a *ndok yaay* (El lugar inicial del nacimiento es el seno materno, la choza materna)» (Faye Guédj, 2014: 13).

La madre no se ocupa egoístamente del niño y, de este modo, hace posible el sentido comunitario de la educación y el aprendizaje. Este es el primer movimiento que tiene lugar para el niño y abarca el tiempo previo a la iniciación. La duración de este periodo varía de un grupo étnico a otro, pero generalmente abarca el periodo entre el bautismo y la edad del matrimonio, tanto para hombres como para mujeres. Este periodo se conoce como adolescencia/juventud, ya que para una niña la edad del matrimonio puede ser de 15 a 20 años o más.

Tiempo de aprendizaje

Aprender a ser: En el África tradicional, ser es más importante que hacer. Concretamente, un niño nace con un programa de vida completo. Por lo general, es la encarnación de un antepasado o de un miembro de la familia cuyo nombre de pila debe llevar. Este nombre significa reconocimiento, admiración y todos los valores que reconocemos en esta persona y que queremos que el niño reproduzca a lo largo de su vida. La sabiduría nos dice que encarnamos al menos siete cualidades y defectos de nuestro tocayo.

Aprender a hacer: Antes de casarse, el joven debe aprender a trabajar para ganarse la vida, de modo que poco a poco llegue a ser autosuficiente. Y si consigue tomar las riendas de su propia vida, podrá casarse tras pasar por la iniciación ² como una migración controlada y vital. En efecto, la

iniciación es como un tiempo de retiro, de reclusión. En primer lugar, en este espacio, todos los participantes se llaman a partir de ahora hermanos o hermanas de choza³. Después, a través de símbolos que hay que descifrar y numerosas escenas de sufrimiento, se enseña al joven a responsabilizarse de sí mismo y de los demás; a luchar hasta el final para mantener su dignidad en esta vida; a cortar de una vez por todas el cordón umbilical con su madre biológica. Además, se reconoce que esta separación es muy difícil, y esta vez también implica un llanto silencioso. Además, no es infrecuente ver a chicos jóvenes con ropa de mujer en las ceremonias de iniciación, como para significar este vínculo y el apego que sigue activo. Esta autonomía, difícil de adquirir en la iniciación, da derecho al joven a buscar marido o mujer, incluso fuera de su clan; a buscar tierras, incluso fuera de su zona geográfica, para mejorar su situación económica.

Sin embargo, estas migraciones nunca han supuesto una ruptura definitiva, lo cual es imposible dados todos los fuertes lazos antes mencionados. Por eso, aunque se hayan marchado, siempre vuelven a través de las visitas y la participación en ceremonias nupciales y funerarias. Y no olvidemos que, dado que los herederos son los sobrinos, hijos de la hermana del marido y no sus propios hijos biológicos, difícilmente podemos hablar de ruptura definitiva. La preponderancia del papel de la mujer se muestra aquí una vez más. Y para ir más lejos, en el caso concreto de los *Serer*, el mundo es, por analogía, una mujer, y se llama «*Adna Coumba Ndiaye*» (Gravrand Henry, 1990). Todo el simbolismo de la fertilidad está aquí significado. Como la mujer, es la madre tierra, la dadora de vida y la portadora de la vida y la supervivencia de todo el cosmos. La mujer es, en cierto modo, un mundo en miniatura. Por eso, cuando algunos dicen⁴ que los valores africanos son más mito que verdad, dadas las situaciones de guerra y genocidio fratricida, queremos responder dejando a un lado cualquier escepticismo o duda. Los valores tradicionales africanos son, en efecto, auténticos. Sin embargo, los cambios sociales y los intereses económicos ligados a la modernidad pueden llevar a algunas personas a abrazar otros modelos de éxito que no son necesariamente caminos hacia la felicidad. Hay que seguir reflexionando e investigando sobre el significado de la verdadera felicidad. De hecho, nos preguntamos si la propia cuestión de la felicidad preocupa realmente a nuestros contemporáneos. Es más bien la cuestión de la supervivencia la que nos obsesiona.

Hoy en día, si no entramos en la etapa tradicional de iniciación, ésta es sustituida por el periodo de escolarización de los jóvenes a partir de la escuela primaria, que termina con la adquisición de un oficio que pueda hacer al individuo económicamente independiente. Al final de este ciclo, pasamos al segundo punto: la salida de la choza o migración positiva.

2. Salir de la choza⁵ : migración positiva: madurez y autonomía

En palabras de Jean Marc Ela (2008: 6-9), «Los caminos del éxodo y del exilio son el paso esencial hacia la plenitud de la vida». Sencillamente porque el ser humano es un ser con. La alteridad es intrínseca a la humanidad. Para los jóvenes africanos, salir de la choza significa emanciparse ampliando su choza y tendiendo la mano a los demás. Y como hemos dicho, esto sólo es posible tras la iniciación. De hecho, la iniciación conduce a una especie de examen en el que se pone a prueba la aptitud del joven para salir mediante una serie de pruebas. Se trata, pues, de un rito de tránsito⁶. Antes, en África, todo era una escuela y una oportunidad para aprender. Esta escuela, que no era formal como la conocemos hoy, se basaba en principios socioculturales que dividían la vida de una persona en varias etapas. Léopold Ndiaye (2020: 262-263) las resume. Según él, la primera etapa se sitúa entre los 0 y los 7 años. Durante este periodo, el niño está en la escuela de su madre y todo lo que ve, oye o descubre, se lo pregunta a su madre, que es la mayor escuela para él. Sólo obedece a su madre y sólo cree en su madre. El segundo septenio va de los 7 a los 14 años. Durante este periodo, el niño va a la escuela fuera. Empieza a conocer a otros y a aprender. Pero siempre vuelve para preguntar a su madre si lo que ha visto y oído es cierto. El tercer septenio va de los 14 a los 21 años. En este momento, el niño empieza a convertirse en una personalidad, separándose de su madre. Empieza a razonar y a cuestionar lo que le dice su madre. A los 21 años, se supone que completa el ciclo corto. Ha pasado por todas las iniciaciones. Se le ha hablado de los seres vivos inmóviles y móviles, del mundo animal, vegetal y mineral. Con la circuncisión, abandona el reino inferior para entrar en el reino medio y aprende muchas cosas en la choza de los hombres. Después, necesita otros 21 años, que se añadirán a los primeros 21 años. Debe sumar 42 años antes de tener realmente derecho a hablar. Se dice entonces que se ha convertido en un hombre hecho y derecho. A esta edad, debe enseñar a las demás generaciones jóvenes lo

que ha aprendido en su juventud y madurado en su edad adulta. Debe devolver lo que ha recibido hasta los 63 años. A esta edad, los *Al Puular* dicen que está «fuera del parque». Es como una especie de jubilación y ya no se le puede exigir nada más, pero aún puede dar porque recibe de la vida.

Por esta razón, las personas no deberían plantearse emigrar antes de la edad de jubilación, al menos cuando emigrar signifique emanciparse definitivamente de su pueblo. Se trata de una cuestión fundamental, por lo que los amos y amas realizan evaluaciones antes de finalizar la iniciación. En esencia, lo que se evalúa antes de avanzar hacia el exterior es, en nuestra opinión, la madurez y la autonomía. Para definir la madurez, tomamos el símbolo de la fruta en el árbol que, como la persona, nace, crece, madura, cae y el ciclo se renueva y se repite. La fruta que no alcanza la madurez no puede comerse o, para comerse, tiene que transformarse mediante la adición de cuerpos extraños. Así pues, el joven, con sus fuertes lazos con su madre, su familia, su clan y, por último, sus hermanos y hermanas de choza, debe alcanzar la madurez antes de abandonarlos. Esta madurez tiene tres dimensiones: humana, espiritual, intelectual y práctica. Durante la prueba de madurez humana, se pone a prueba el peso y la fuerza de los lazos que unen al individuo a su choza: madre, familia, clan, hermanos y hermanas. Estos lazos son afectivos. Deben amar a sus seres queridos con un compromiso que exprese su gratitud por todo lo que han recibido gratuitamente y su deber de hacer lo mismo con las generaciones siguientes.

Por eso, el adulto que elige salir de la choza para emigrar debe mantener estos lazos de memoria. Salir sin romper la choza significa recordar siempre su espacio y tiempo de nacimiento. Es recordar a su familia en particular a su madre, a la tierra que recibió su placenta y su cordón umbilical, la tierra sagrada de sus antepasados. Por eso, se necesita una preparación seria para adquirir una madurez intelectual y práctica. Guédj Faye hablando de la preparación de los jóvenes para salir de la choza, afirma que

Antes de entrar en la vida activa, y desde la infancia hasta la adolescencia, el joven serer se formaba física y espiritualmente mediante múltiples preparaciones para ser eficaz. Las

persecuciones por los campos (ndadatir) preparaban a los niños para la caza. El entrenamiento en el campo, cultivando pequeñas parcelas definidas por el padre, preparaba al futuro agricultor. En resumen, todos los aspectos de la vida social que podían tener una vertiente práctica se enseñaban al niño en forma de juegos. Se preparaba su cuerpo para la fatiga, la resistencia y el autocontrol. También se cultivaba tempranamente el espíritu de la memoria. Por último, se puede afirmar que la educación del niño Serer tomaba la forma del deporte físico y espiritual. (Guédj Faye 2014: 33).

Y algunos autores, como Sylvie Bredeloup, creen incluso que la preparación para la migración es una etapa de iniciación: «En el caso de los emigrantes, a menudo se someten a una preparación antes del viaje y durante el tránsito. La espera es una prueba de iniciación. El tiempo de tránsito es un tiempo de nuevos aprendizajes, de descubrimiento de la alteridad y, a veces, de construcción de nuevas solidaridades o competencias». (Bredeloup Sylvie, 2013: 58-90). Esta búsqueda de la alteridad no sólo debe verse en términos materiales, sino también en términos de enriquecimiento intelectual, es decir, de intercambio de conocimientos científicos y prácticos.

En un mundo globalizado no podemos detener el movimiento : “El peregrino y el refugiado expresan la fluidez del movimiento en el corazón de la experiencia contemporánea al estar en movimiento. Para ellos, el movimiento es muy concreto, como efecto de la globalización, pero también simboliza el movimiento de las ideas en la época contemporánea, que acompaña al movimiento de las personas (Brouillette André, 2017: 77-96).

Varias razones pueden motivar la decisión de emigrar. Pero el mayor motivo es, a menudo, la necesidad de mejorar las condiciones de vida de la familia y, en este sentido, para responder a una convocatoria de ofertas de empleo, como fue el caso después de la guerra:

La utilización de mano de obra extranjera tras las guerras de 1940-50 para reconstruir Francia creó un gran flujo de

inmigrantes al que, posteriormente, se sumó el fenómeno de la inmigración ilegal con reagrupaciones familiares. El cierre de fronteras en la mayoría de los países de Europa occidental en 1973-74 marcó una ruptura que modificó la composición de la población de extranjeros, cuyas características se acercan más a la población nacional: aumento de la población femenina y joven, alta tasa de desempleo, mayor nivel de educación, etc. (Lequin Yves (dir.), 1988 : 460).

Las múltiples razones para emigrar no pueden justificar la ruptura del tejido familiar. El que intenta romper estos lazos tan fuertes entra en una gran angustia sobre todo cuando se encuentra en tierra extranjera. Este dolor psicológicamente fuerte puede tener consecuencias graves. Por eso, no le conviene al individuo olvidar dónde empezó. En realidad, dentro de nuestra familia tradicional africana cada uno de nosotros somos un eslabón de una cadena que no debe romperse ni siquiera con la distancia. Buen número de emigrantes en el país de acogida intentan hoy mostrar su apego a su tierra natal haciendo gala de ciertos aspectos de su identidad y sus prácticas culturales. No siempre son comprendidos, sobre todo cuando se trata de imponer manifestaciones culturales o religiosas exteriores o prácticas que van en contra de las leyes del país de acogida. La mejor solución no es trasladar las sociedades, sino vivir una identidad cultural desde nuestro ser profundo. La madurez espiritual puede ayudar a establecer esta identidad en la medida en que tiene que ver con lo sagrado. Por naturaleza, los africanos son seres en contacto con lo divino:

Dios en África se describe como un “ser supremo”: no ha sido creado, es el autor de todo y nada ni nadie le supera. El ser supremo es el «amo de todo». Todo lo que existe depende de él, nada ocurre sin su permiso, todo destino está en sus manos. Por último, el ser supremo es «relacional». No es solitario, sino unido. En sí mismo, es relacional. Algunas etnias lo ven a la vez como mujer y como varón, para afirmar su plenitud. Otras sociedades lo ven como mujer y mago (Rousseau Hervé, 1968: 32).

Vemos que la fraternidad, el espíritu de familia tiene un fundamento divino. Además, el Ser Supremo está ante todo relacionado con la creación. (Fornet-Betancourt Raúl, (ed.), 2020: 181-191). Si el sentido de lo religioso está bien consolidado, puede ser un medio de integración como de apertura al otro y a su religión. En efecto, «la multiplicidad de culturas y religiones que han germinado en el corazón de la historia ya no pueden ser consideradas como una maldición o una amenaza, sino que, por el contrario, se convierten en una bendición de Dios porque profusión de vida y promesa de compartir». (Monge Claudio, 2015: 64-65).

Además de su papel integrador, la religión es también un motivo de atadura a la tierra de origen. En efecto, el lugar del rito religioso para un africano no tiene siempre posibilidad de ser trasladado geográficamente. Siempre se ha de volver a la fuente sobre todo para los ritos funerales. No se pueden trasladar las tumbas de los antepasados donde se reza para el descanso, la paz y la estabilidad de la familia. De hecho, Anne Béatrice lo dice: «Las referencias a los ancianos o a las religiones permiten a los migrantes dar un nuevo sentido a su experiencia migratoria» (Faye A. Béatrice, 2017: 17-35). Pero siempre mantienen en su conciencia la deuda del retorno, para poder rendir el culto del reconocimiento⁷.

Sin embargo, no todo es perfecto en la cultura tradicional. A pesar del papel primordial de la madre como estímulo para quedar o volver al recinto familiar, el machismo también puede prevalecer y desanimar en esta empresa. No es infrecuente escuchar al joven iniciado cómo se le inculca la superioridad del hombre sobre la mujer durante la iniciación:

Pasaste a través de tu madre en el momento de la concepción, pero después de Dios y los *pangools*, sólo estás hecho de sangre paterna. La iniciación explicará en este caso que la mujer-madre no es más que un receptáculo y una nodriza a través de su leche, pero lo esencial (la sangre) que hace posible la constitución material del ser humano procede únicamente del padre. (Faye Guédj, 2014,: 64)

Sabemos que la fuerza de la mujer, central en las tradiciones matrilineales, no puede debilitarse. El autor afirma que «el hombre que quiere ser el

amo eterno de la mujer es consciente de sus límites sobre ella y acepta, sin querer admitirlo a menudo, que la mujer tiene un dominio exclusivo que es suyo y sólo suyo» (Faye Guédj, 2014,: 64).

Como prueba de esta centralidad tenemos el ejemplo de la *lingeer*, apodado a la madre o a la hermana del rey, y tenía un gran poder dentro de la corte real. Aunque las mujeres no ocupaban el centro del escenario en público, nada podía decidirse en privado sin ellas, y no era raro oír a los hombres decir «esperad a las mujeres». Lo cierto es que hombres y mujeres tenían cada uno su lugar en la sociedad.

Todo lo que altera el equilibrio y orden social, puede conducir a una ruptura del vínculo y a una migración que desemboca en la muerte.

3. La ruptura del vínculo con la choza o la migración como pérdida de sentido

Cuando la migración no se inscribe en el marco de lo que hemos desarrollado anteriormente, es decir, los criterios de madurez, autonomía, mejora de las condiciones de vida, intercambio de conocimientos intelectuales con la conciencia de un retorno efectivo, entonces llamamos a esta forma de migración ruptura del vínculo con la choza. Desde este punto de vista, se trata de emigrar a toda costa, sin tener en cuenta la responsabilidad hacia la tierra de origen, la madre, la familia y el clan. Las razones son múltiples y variadas. En primer lugar, la vida se considera imposible en su propio país, el horizonte se cierra y se instala la desesperación. En segundo lugar, ponen toda su fe en el sueño de marcharse sin intentar siquiera crear algo en su propio país. Este amor por marcharse no sucede como el amor a primera vista. Ocurre cuando el sentido de la familia, la fe en uno mismo y en los seres queridos se va erosionando poco a poco. En resumen, es cuando se afloja el nudo que me une a mis seres queridos. Podemos ver que el ardor de la juventud sueña con ser rico de inmediato y tomar un atajo para conseguirlo. Si estamos obsesionados por esa idea y tenemos el testimonio de un emigrante que parece haber tenido éxito, eso suscita envidia.

Por otra parte, el mundo de la globalización y de las tecnologías de la información y la comunicación nos ofrece una imagen cotidiana de lo que ocurre en nuestro planeta. Hoy en día, ninguna localidad es aislada.

Este fenómeno tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Vemos a plena luz del día «el aumento de las desigualdades Norte-Sur, la disminución de la población de los países occidentales, las barreras proteccionistas que impiden a los países emergentes vender sus productos en los países occidentales a precios competitivos. Por no hablar de las intervenciones militares». (Baum Gregory, 2017: 67). Junto a este mundo que pretende ser global, asistimos al mismo tiempo a un individualismo y a un repliegue identitario que convierte a los extranjeros en personas non grata. Así, ya no todo depende de la voluntad deliberada de quienes quieren emigrar, pues ahora es posible que se te niegue la entrada a un territorio determinado, como dice Monge Claudio (2017: 50).⁸. Hoy en día, junto a una interdependencia planetaria irreversible (amplificada por la cultura mediática), asistimos a fenómenos opuestos de repliegue identitario: renacimiento de los movimientos nacionalistas, nuevo vigor de las soberanías nacionales, expresión de una ética autoritaria en la que el auge verdaderamente preocupante de la preocupación obsesiva por las identidades va acompañado, paradójicamente, de una crisis de las identidades. En este contexto, la acogida se convierte en una necesidad y ya no sólo en una rara virtud, y la hospitalidad en un valor fundamental de la humanidad del hombre y de su humanización, esto más allá de las barreras o diferencias culturales, étnicas y religiosas. Lo que debería ser ventajas para la emigración como decíamos en la época de iniciación para preparar la autonomía, hoy se convierte en un obstáculo. Esto significa que la decisión de emigrar debe ser reconsiderada. Es más, al llegar a una tierra extranjera, el emigrante se enfrenta a un choque cultural que le hace perder inmediatamente toda ilusión. Se encuentra «así desgarrado entre la idealización de la cultura occidental, la desilusión sobre su estancia, su deseo de volver a sus raíces, las incoherencias de la política internacional, las ideas preconcebidas sobre los extranjeros, las difíciles realidades de su país de origen y su voluntad de éxito» (Nkolo Fanga Jean Patrick, 2017: 92-122). Todos estos parámetros causan confusión en el individuo y crean la agitación y la ansiedad que se encuentran entre los principales obstáculos para el desarrollo humano.

Conclusión

Para concluir esta reflexión, queda claro que la metáfora de la "choza" en la cultura africana representa no solo el hogar físico, sino también el

núcleo afectivo y cultural que moldea la identidad y el sentido de pertenencia de los individuos. Desde el nacimiento hasta la iniciación y la madurez, la choza simboliza el proceso de formación y preparación para la vida adulta, incluida la migración cuando se realiza de manera consciente y respetuosa hacia las raíces familiares y culturales. En un mundo globalizado, donde la migración es a menudo una realidad inevitable, es crucial preservar estos lazos emocionales y memoriales para mantener la cohesión social y el bienestar personal. Así, fortaleciendo estos pilares, la choza puede mantenerse firme frente a los desafíos contemporáneos, ofreciendo una base sólida para la vida y el crecimiento tanto dentro como fuera de África. Por eso es imprescindible guardar con mucho recelo los valores siguientes: mantener un fuerte vínculo familiar mediante una presencia constante, ser uno con la tierra que nos vio nacer y optar por el sentido de comunidad antes que por la individualidad.

Bibliografía

Baty Claude (1993), « De l'autorité en général et de l'autorité pastorale en particulier », *Fac-réflexion*, 25 décembre, Paris, FLTE.

Baum Gregory (2017), « Le Québec et l'immigration, Réflexions théologiques de Julien Harvey », de la revue *Théologiques* Volume 25, numéro 2.

Bredeloup Sylvie (2013), « Les temps du transit dans la migration africaine », *Journal des africanistes*, 83-2.

Brouillette André (2017), « Pèlerin et réfugié : regards théologiques croisés », *Théologiques*, 25(2). <https://doi.org/10.7202/1056938ar>

Chevalier Jean et Gheerbrant Alain (2003), *Diccionario de los símbolos*, Barcelona, Herder.

De Milleville Claude (2002), *Le secret des nombres, connaissance de soi et écoute des autres*, Paris, Flammarion.

Delpech Bernard (1976), « Fait villageois et société Serer. » In : *Communautés rurales et paysanneries tropicales*. Paris : ORSTOM. (Travaux et Documents de l'ORSTOM ; 53). ISBN 2-7099-0410-1.

Diop Cheikh Anta (1979), *Nations nègres et cultures*, Paris, Présence Africaine.

1982), *L'unité culturelle de l'Afrique noire*, Paris, Présence Africaine, Seconde édition.

(1981), *Civilisation ou barbarie*, Paris, Présence africaine.

Éla Jean Marc (2008), « Un Dieu métis » [2004], dans B. H. R. Schär et R. Geisler, dir., *Theological Reflections on Migration. A CCME Reader*, Bruxelles, Churches' Commission for Migrants in Europe.

Faye Anne Béatrice (2017), « La mobilité humaine en Afrique de l'Ouest. Les rites de passages dans l'itinéraire du migrant », dans, *Chercher et rencontrer Dieu entre frontière, manque et paradoxe : fenêtre ouverte sur l'expérience africaine de la migration. Théologiques*, 25(2), 17–35.
<https://doi.org/10.7202/1056935ar>

Faye Guédj (2014), *Documents sur la société et la culture sereer du Sïin* Institut de Recherches pour le Développement, Dakar.

Fornet-Betancourt Raúl (dir) (Hrsg. / Ed.) (2020), *Religiones como formas de vida y de pensamiento*, Wissenschaftsverlag Mainz Aachen.

Gravrand Henry (1990), *La civilisation sereer Pangool*. Tunis, Les Nouvelles Editions Africaines.

Lequin, Y. (dir.) (1988), *La mosaïque France. Histoire des étrangers et de l'immigration*, Paris, Larousse.

Monge Claudio (2015), «Le risque fou de l'hospitalité : de l'étrangéité ontologique à l'étrangéité théologique », *Théologiques*, 25(2).
<https://doi.org/10.7202/1056936ar> 64-65).

Ndiaye Léopold (2020), *Apologie de l'amour, un réquisitoire contre l'hypocrisie de la société*, Dakar, Positive Africa Editions.

Nkolo Fanga Jean Patrick (2017) « La question de l'immigration et la nécessaire reformulation des formes d'autorité en pastorale », *Revue Théologie de la migration*, Volume 25, numéro 2.

Quenum Alphonse (1999), *Évangéliser. Hier, aujourd'hui. Une vision africaine*, Abidjan, Institut catholique de l'Afrique de l'Ouest.

Rousseau Hervé (1968), *Les religions*, Paris, Presses Universitaires de France, Collection « Que sais-je? » n°9.

Notas

¹ **Diop Cheikh Anta**, 1981, *Civilisation ou barbarie*, Paris, Présence africaine. Ver también, Diop Cheikh Anta, 1979, *Nations nègres et cultures*, Paris, Présence Africaine; Diop Cheikh Anta, 1982, *L'unité culturelle de l'Afrique noire*, Paris, Présence Africaine, Seconde édition.

² «Ante todo, es una puerta al conocimiento de los hombres responsables. A través de la iniciación, la vida se examina con un peine de dientes finos».

³ Lugar de la iniciación. «O haat: adolescente en espera de la circuncisión. Como señal reveladora, el haat se vestía con ropa de mujer y se adornaba con collares y otros ornamentos femeninos cuando iba a informar a sus padres. Antes se le hacían en la cabeza unas trenzas tradicionales femeninas llamadas nduñ». (Faye Guédj, 2014:58)

⁴ «Más que ningún otro continente, África parece ser hoy un continente de paradojas. Ama la solidaridad y parece cultivar la división; ama la vida y siembra la muerte por doquier; busca la fraternidad, llama de buena gana hermano a todo el mundo y es tan fácilmente fratricida; practica la hospitalidad y, por desgracia, arroja a sus hijos como basura por los caminos del mundo». Quenum, Alphonse, 1999, *Évangéliser. Hier, aujourd'hui. Une vision africaine*, Abidjan, Institut catholique de l'Afrique de l'Ouest.

⁵ «Antes, el serer sólo conocía el exilio (raar) y fue con coacción y resignación como tuvo que dejar a su familia para vivir lejos. Las acusaciones de antropofagia, impotencia sexual y huida de las represalias del soberano obligaron a la familia serer a exiliarse». Faye Guédj, 2014 : 69).

⁶ «En África Occidental, los ritos de paso acompañan todo cambio de lugar, de estado, de posición social y de edad. Es un conjunto de gestos visibles a través de los cuales un grupo permanece en comunión o redescubre su unidad. También es el momento en el que el iniciado aprende los códigos morales de la sociedad, practica las tareas de la aldea, aprende danzas, a confeccionar trajes, el significado y la función de ciertas máscaras, etc. La iniciación es el criterio de madurez y el medio de integración en la comunidad. Mediante el rito de paso y la iniciación, los jóvenes iniciados se comprometen plenamente con la cultura del grupo». Faye Anne Béatrice, 2017, « La mobilité humaine en Afrique de l'Ouest. Les rites de passages dans l'itinéraire du migrant ». *Dans, Chercher et rencontrer Dieu entre frontière, manque et paradoxe : fenêtre ouverte sur l'expérience africaine de la migration. Théologiques*, 25(2), 17–35. <https://doi.org/10.7202/1056935ar>

⁷ Sabemos que, en ciertas culturas, como el *Al Pualar*, existe la posibilidad de forzar el regreso de una persona que ha emigrado durante muchos años mediante un rito.

⁸ La lista la completa Fanga Jean Patrick Nkolo, 2017, «La question de l'immigration et la nécessaire reformulation des formes d'autorité en pastorale». *Théologiques*, 25(2), 97-122 : «... hay que tener en cuenta otros elementos del contexto: la colonización y sus consecuencias (en particular, la asimilación cultural o el retorno a las raíces); la democracia de tipo occidental (votación en lugar de consenso) favorecida por la comunidad internacional tras décadas de gobierno unipartidista impuesto por la antigua potencia colonial; la crisis económica de los años 80-90 con sus consecuencias, en particular la toma de las riendas de las economías africanas por el FMI con sus numerosos programas con graves consecuencias sociales (aumento de las cotizaciones fiscales, recortes salariales, etc.) que condujeron a comportamientos desviados (corrupción, tribalismo, etc.). Todos estos factores han contribuido a idealizar Occidente y a convertirlo en una especie de paraíso terrenal, lo que ha dado lugar a una moda de inmigración en esa dirección».